

SARTORI, G.: *La democracia en 30 lecciones*, Taurus, Madrid, 2009, 150 págs.

Hablar de Giovanni Sartori es hacerlo de uno de los politólogos vivos más importantes de cuantos ha dado dicha ciencia social. Y hablar del autor italiano supone hacer mención de quien quizás también sea uno de los más destacados estudiosos y teóricos de la democracia. Sintomático es que, por modesto que sea el trabajo, cualquier investigador serio suele tener en cuenta, de un modo u otro, las aportaciones que el profesor ha realizado a lo largo de su dilatada y prolífica carrera sobre dicho concepto.

En el volumen del que aquí se da noticia sigue dicha senda, pero de un modo original, innovador y pensado para el público general no especializado, sin perder el rigor y la seriedad intelectual que ha venido caracterizando su trayectoria. En efecto, el origen del libro se sitúa en la oferta que la filósofa y periodista Lorenza Foschini (encargada de la edición del texto) realizó al autor: intervenir a diario en un canal de televisión italiano

público de máxima difusión, en horario de «prime time», por un espacio no superior a cuatro minutos; ¿el objetivo? A lo largo y ancho de ese escaso período de tiempo, Sartori debía explicar los principales aspectos y caracteres de la democracia, y de conceptos y doctrinas directamente relacionados con la misma. A pesar de que, como él mismo reconoce, no estaba tranquilo ante las dificultades de la empresa (pág. 13), los programas se fueron sucediendo, dando como fruto el libro que, previa revisión y reelaboración de las intervenciones, se comenta brevemente aquí.

Las primeras lecciones (1-4) están dedicadas al estudio del concepto de democracia y a su titularidad y ejercicio, así como a la problemática entre idealismo y realismo o, dicho de otro modo, entre «perfeccionismo y utopía». Ya en los prolegómenos, deja sentado algo que viene siendo desde tiempos inmemoriales un secreto a voces: la multitud de definiciones, interpretaciones y significados que el vocablo «democracia» ha tenido desde sus orígenes, lo que supone una dificultad extra a la hora de abordar su estudio y comprensión. La opción por la que se decanta es la de manejar una noción basada en el principio de mayoría relativa o moderada: «los más tienen derecho a mandar, pero en el respeto de los derechos de la minoría» (pág. 17). Junto a ello, intenta solucionar el litigio entre los titulares y el ejercicio efectivo del poder, basándose en la forma dominante de democracia que conocemos en la actualidad: la democracia representativa, haciendo un alegato a favor de la democracia posible, real, frente a otras versiones más ideales o, si se quiere, utópicas (pág. 29).

Continúa Sartori exponiendo los principales caracteres de la democracia, estudiando tanto el concepto de opinión pública (aquella expresada mediante elecciones), como el de la participación política (lecciones 5, 6 y 7); desmontando uno de los grandes mitos de los defensores de la «democracia directa» o «identitaria», llega a la conclusión de que, a pesar de que es loable la invitación a la implicación popular, estamos ante una cuestión «conceptualmente peligrosa, que nos propone a un ciudadano que vive para servir a la democracia, en lugar de una democracia que existe para servir al ciudadano» (pág. 37). Siguiendo dicho camino, aborda el estudio de dos formas de democracia que entrarían dentro de aquella: la «referendaria» (tomar decisiones mediante referendos de forma individual, sin que exista interacción ni discusión entre los individuos) y la «electrónica» (versión ampliada de esta última, cuyo principal carácter sería el voto de las diferentes opciones delante de un ordenador). En conclusión, el politólogo italiano extrae que la democracia representativa es en buena medida un juego de suma positiva —todos ganan algo—, mientras que la democracia de identidad, en sus diferentes acepciones, supone un juego de suma cero: quien gana, gana todo y quien pierde, lo hace también en su totalidad (pág. 41).

Interesante es la óptica que expone en los capítulos 8 y 9 sobre el elitismo dentro de los sistemas democráticos. De un lado, constata que se producen dos paradojas; en primer lugar, que el gobierno de los muchos es al final el de unos pocos; en segundo término, que el problema principal lo plantean los más y no las minorías: es lo que se conoce como «la tiranía de la mayoría». Estudiando de forma crítica los postulados de Gaetano Mosca, Robert Michels y Joseph Alois Schumpeter, el autor acaba mostrando cómo se pueden salvar las contradicciones oligárquicas que anidan en todo régimen

democrático: mediante una visión procedimental de la democracia que, si bien produce «demo-beneficios», adolece de falta de «exhaustividad» (pág. 52).

Las lecciones 10 y 11 profundizan en lo que se argumenta a lo largo de las páginas anteriores de la obra. Partiendo de la base de que lo opuesto a democracia es autocracia (o el auto-investirse de poder), Sartori acaba defendiendo que la democracia de los antiguos y la de los modernos tiene varias diferencias, pero una sobresale por encima del resto: el número de personas existentes en una y otra. A pesar de que durante muchos lustros el vocablo tuvo mala prensa y fama (siendo preferible el de «república»), finalmente acaba volviendo a tener claras connotaciones positivas, en concreto uno: el de «democracia liberal», siendo el sistema defendido por el autor sin cortapisas (pág. 61).

En posteriores capítulos (del 12 al 15, ambos inclusive), se abordan cuestiones directamente relacionadas con la materia que da título a la obra; de ese modo, Giovanni Sartori se adentra en los orígenes del liberalismo (el pluralismo), en la libertad política y en la igualdad, para finalmente proponer el necesario deslinde entre el liberalismo político y el económico. Respecto a la primera cuestión, hace una encendida defensa de la visión plural como el germen básico de los Estados demo-liberales, la cual tendría tres notas distintivas: la creencia de valor, la tolerancia y la separación entre el ente estatal, la Iglesia y la sociedad civil. Respecto a la segunda cuestión, se dice que lo que realmente implica ser libre (políticamente hablando), es la coexistencia en libertad con la ajena, sumado a una resistencia a la falta de ésta, siendo quizás Hobbes el estudioso que mejor definió en lo que consiste: ausencia de impedimentos externos (pág. 68). Además, esta libertad es típicamente «negativa», o «libertad de», condición *sine que non* para el alumbramiento y desarrollo de las libertades «positivas», o «libertades para». En lo que hace a la igualdad, y partiendo de la base de que es el concepto «más difícil y enrevesado de todos», comenta Sartori que se pueden distinguir dos grandes tipos: la liberal y la marxista, haciendo un duro alegato contra esta última o, cuanto menos, contra la negación de la libertad que encierra (pág. 74). Finalmente, lamenta el autor, no sin cierto amargor, que buena parte de la mala fama que generó (y quizás siga generando) entre el movimiento proletario industrial el término «liberalismo político» tiene mucho que ver con la confusión entre éste y el liberalismo económico, unido a la tardía aparición y acuñación de aquél. Otro de los polos a los que se presta atención es al socialismo y al mercado, para dejar constancia de que, referido al primero, y tras el Congreso de Erfurt de 1891, la ideología socialista se hace marxista, surgiendo a partir de dicho momento una brecha insalvable entre «socialismo» y «comunismo», que desembocaría en la antítesis del régimen democrático-liberal (igualdad frente a libertad). En base al segundo, el autor vuelve a constatar una confusión de términos, ya que cuando se hace alusión a la crueldad del mercado (y algo de cruel reconoce que tiene), se está haciendo en realidad referencia a la crueldad del capitalismo, concepto directamente relacionado con aquél, pero diferente y diferenciado del mismo.

Las siguientes tres lecciones (18, 19 y 20) están dedicadas al estudio de la relación entre ideología y pensamiento libre, del término «revolución» y, finalmente, a la conocida divisoria entre «derecha» e «izquierda». De ese modo, Sartori observa que, a pesar de que las ideologías como tal han muerto (sin esconder que la principal finada

es la marxista), todavía subsisten los eslóganes inherentes a las mismas, en concreto determinados dichos «políticamente correctos» que empañan un pensamiento realmente libre en sociedades que, paradójicamente, son libres (pág. 91). Sobre la «revolución» adopta un enfoque sugerente, por dos cuestiones. En primer lugar, por la concepción que de la misma maneja, ya que para el politólogo italiano la misma sería una sublevación guiada desde abajo a través de un proyecto y unos ideales, con vocación de transformar el sistema político, económico y social. En ese sentido —y aquí reside una aportación valiente y novedosa— la conocida revolución rusa liderada por Lenin, en realidad no fue tal, sino un «golpe de Estado» liderado por una «reducidísima élite dictatorial» (págs. 94 y 95). Por último, y en el contexto actual de la política de masas, el autor opina que todavía sigue teniendo vigencia el empleo de términos como «izquierda» y «derecha». Tradicionalmente se ha identificado a la primera como la realización del altruismo y a la segunda como la encarnación del egoísmo, de lo que se derivaría que aquélla quedaría sometida a la eventual quiebra moral, al contrario que ésta, ya que nada se la podría objetar en ese sentido. De ahí que Sartori diga que en las más altas instancias la izquierda es «mayoritariamente hipócrita», viendo cómo el poder la corrompe si cabe un poco más que a otras opciones ideológicas que alcanzan dicha atalaya (pág. 99).

Se abre a continuación el que quizás sea uno de los temas más atractivos y polémicos del libro: la conflictiva relación entre democracia e islam, estudiada directa e indirectamente a lo largo de los capítulos 21, 22, 23, 24 y 25. El autor defiende que la civilización occidental ha liderado el desarrollo ético-político, por lo que se puede concluir que la misma es «superior», siempre teniendo presente la «buena ciudad» que crea y los valores que la sustentan (pág. 105). Además —y haciendo una dura crítica plagada de ironía al economista y Premio Nobel Amartya Sen— defiende que la democracia liberal es una creación de la cultura y civilización occidentales, y que puede ser exportada, teniendo en cuenta ciertos condicionantes, como demuestran los ejemplos de Japón e India (págs. 110 y 111). Entrando ya en la consideración de las posibilidades de la democracia en el mundo islámico, Sartori se basa en un dato histórico importante: mientras que el Derecho romano se mantuvo independiente del canónico (regulación normativa interna de la Iglesia), el Derecho islámico nunca ha sido independiente ni autónomo de su respectiva religión. A la eventual exportación de la democracia liberal a tales parajes, se le añade una dificultad extra, y es que el mundo occidental habría sido el invasor —involuntario— del mundo islámico, lo que crea una tendencia paradójica y peligrosa que merece expresarse con las palabras originales: *mientras nos convencemos a nosotros mismos de que tenemos que «liberar» al islam, el musulmán percibe esa liberación como una agresión-destrucción cultural* (pág. 117). Finalmente, y para acabar de exponer su visión sobre el asunto, el autor deja dicho que se observa la existencia de un conflicto de civilizaciones, religioso si se quiere, siempre y cuando se aclare que una de las partes lo sigue siendo (la islámica), mientras que la otra ya no (la occidental). Tampoco esconde que por más que el discurso moderno se cimente sobre el «multiculturalismo», en el fondo éste no es sino la negación e inversión del pluralismo: mientras que el último implica la diversidad integrada, el segundo busca la diferencia separada, creando compartimentos estancos y hostiles (pág. 124).

Las dos siguientes lecciones (26 y 27) abordan otro de los peligros que el científico social considera que acechan a nuestros sistemas democráticos: el «desarrollo no sostenible». Partiendo de la base de que la democracia necesita de un mercado, pero no a la inversa, la aceleración descontrolada apreciable no está siendo tomada en cuenta lo suficiente, desde el punto de vista sistémico, poniendo en riesgo no sólo las democracias en sí mismas, sino al planeta entero. Ese mercado que se encuentra inexorablemente unido a nuestro modo de organizarnos políticamente está potenciando a su vez determinados efectos negativos que suponen una amenaza real y actual al mismo (pág. 132).

Por último, en los capítulos 28 y 29 lleva a cabo una mirada introspectiva crítica a las Ciencias Sociales en general (con especial énfasis en la Politología y en la Sociología). ¿El motivo? La propuesta de fabricar futuros cercanos sin siquiera conformarnos con regular mejor el presente que vivimos sería un intento estéril, ya que aquéllos seguirán fracasando, más que por la «imprevisibilidad humana», por el déficit cognitivo que anidan en aquéllas. Es decir, las ciencias del espíritu siguen proponiendo teorías sin tener en cuenta —o mejor dicho, sin conocer— la práctica en la que se implementarán, por lo que pocas tienen éxito (pág. 139).

La lección 30 (la última del libro) es quizás la más breve pero también la más contundente, ya que Giovanni Sartori no duda en afirmar que la democracia, a largo plazo, está en peligro. Y si está en dicha situación no es debido al sistema en sí, que es bueno («la mejor máquina que se ha inventado nunca para permitir al hombre ser libre», pág. 143), sino sobre todo por la naturaleza humana, en la que el autor confía más bien poco a la hora de acometer los cambios que nuestras democracias reclaman para seguir gozando de salud suficiente («lo que me preocupa son los maquinistas», pág. 144).

Libro valiente y original, el volumen que aquí se ha recensionado es de obligada lectura para todos aquellos que quieran tener ciertas respuestas a los muchos interrogantes que la actualidad política, social y económica nos ofrece diariamente, aunque con una cautela: absténganse de acercarse quienes pretendan encontrarse con páginas optimistas, falsas o «políticamente correctas».

*Ignacio Álvarez Rodríguez*  
Universidad de Valladolid